

Borbón el 3 de junio de 1353, abandonando en seguida a su esposa. Volvió el monarca varias veces a la ciudad, y en la última de ellas mandó matar, sin pruebas acusatorias, a dos hijos del noble Fernán Sánchez. Enrique II creó la famosa Chancillería, que hasta casi mediados del siglo siguiente no quedó de asiento en Valladolid. Juan I celebró allí Cortes el año 1385, tras el desastre de Aljubarrota. Del reinado de Enrique III cabe mencionar las avenidas fluviales sufridas por la ciudad en 1403, que ocasionaron grandes destrozos en las murallas y el puente y las Cortes allí celebradas, en una de las cuales se acordó prestar obediencia al Pontífice de Avignon, el aragonés Benedicto XIII. Juan II sintió gran afección por Valladolid, donde desde niño tuvo fija residencia, hasta el punto de que en 1422 declaró considerarla como "la más noble villa de sus reinos", que jamás enajenaría, consecuencia de lo cual fué la exención concedida a sus vecinos de pedidos, empréstitos y monedas. Tras pacífica minoridad, bajo la regencia de su madre y su tío, el ínclito infante don Fernando, que entonces alcanzó en Antequera la victoria que le daría sobrenombre, vino el dilatado período de las inquietudes, en que tanto se relajó la real autoridad con la injerencia abusiva y escandalosa de sus primos, los infantes de Aragón. Empero, este reinado, en el que tan meritorio culto se rindió a la belleza y al espíritu, con juegos literarios, justas y torneos, ofrecería verdadera ejemplaridad histórica a no haberse malogrado, inicua y cruelmente, aquella gran figura que fué el Condestable don Alvaro de Luna, uno de los grandes precursores de la unidad nacional, verdadero paladín contra los abusos de la Nobleza, a quien el Rey pagó tanto como le debía, haciéndole decapitar en la Plaza Mayor, frente al convento de San Francisco.

Tras Enrique IV, que tuvo en Valladolid gran apoyo, llegó para la ciudad, como para España entera, el gran período de los Reyes Católicos, quienes se habían desposado el año 1469 en el palacio de Vivero, donde un lustro después les reconocieron como monarcas los diputados por las ciudades y muchos personajes de la Grandeza. Muy notable fué el renacimiento cultural y artístico a partir de entonces experimentado por Valladolid, el cual se iría traduciendo paulatinamente en manifestaciones arquitectónicas y escultóricas, cuyo culmen cabe fijar en la época imperial, o sea, el reinado de Carlos I. Como es sabido, en aquellos años tuvo lugar el alzamiento de las Comunidades, movimiento político durante mucho tiempo mal comprendido, en el que intervino preponderantemente Valladolid y su tierra. En 21 de mayo de 1527 nació en esta ciudad Felipe II, quien pocos días después, el 5 de junio, fué bautizado en la iglesia del convento de San Pablo. Durante su reinado se sucedieron en Valladolid diversos episodios, entre los que descollaron dos autos de fe contra el doctor Cazalla y otros luteranos, y un incendio pavoroso en el que resultaron destruidas cuatrocientas casas. Aquel gran monarca concedió el título de ciudad a la hasta entonces villa, si bien a poco el traslado de la Corte a Madrid supuso para la misma grave perjuicio. Felipe II la restituyó a Valladolid, donde permaneció de 1600 a 1606, sexenio famoso por el boato y suntuosidad que entonces tuvo la Realeza, inigualados por las demás de Europa; pero al marcharse definitivamente, en época en que movíanse a su alrededor los demás sectores importantes de la vida nacional, la antigua capital castellana vió paralizado su desarrollo, que, como atinadamente se ha dicho, hubiera llegado a convertirla en una de las más grandes y bellas urbes europeas.

*La Catedral.*

